

## POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA QUINTA A UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

### LA SANGRE DE LOS MÁRTIRES.

Ya veo, mi estimado amigo, que me ha de ser muy difícil realizar el pensamiento que en un principio me proponía, de dar cierto orden á la discusión religiosa que íbamos entablando, encerrándola en un cauce del cual no pudiese salir, sin perjuicio de dirigirla por países amenos, y permitiéndole tortuosidades caprichosas, que le quitasen la apariencia de la regularidad escolástica, y diesen á la materia un aspecto agradable y entretenido. Inútiles son todos mis conatos para hacerle entrar en este plan; pues según parece, le gusta más el tratar puntos inconexos, divagando como abeja entre flores. Aun cuando conozco muy bien los inconvenientes de este sistema de conducta, y si mal no me acuerdo se los llevo ya indicados en una de mis anteriores, preciso se me hace el seguirle á V. por el camino que le place señalarme, para que no le venga á V. á la mente que trato de esquivar cuestiones delicadas, y que envolviendo á mi contrincante en una nube de autoridades y raciocinios teológicos, me propongo ocultar puntos flacos apartando de ellos el peligro de un ataque. Sin embargo esta necesidad fuera para mí más desconsoladora, si V. no se sirviese advertirme que «no carece del conocimiento de las mejores obras que se han escrito en defensa de la religión, y que reservándose estudiarlas para cuando haya más tiempo y paciencia, sólo intenta en la actualidad aclarar por vía de recreo y espar-

cimiento algunos puntos difíciles, como quien quita la broza que impide la entrada á un camino anchuroso.»

A decir verdad, no me desagrada que V. haya traído la discusión sobre el punto de la *sangre de los mártires*, pues es asunto sobre el cual hay mucho que decir, y en el que tarde ó temprano hubiéramos tenido que entrar, si la controversia hubiese seguido el curso que yo deseaba. Esta *sangre* es, á no dudarlo, uno de los argumentos más firmes en apoyo de la verdad de nuestra santa religión, y así el examinar las razones que los cristianos podemos alegar en defensa de nuestra fe, ó como suele decirse, los *motivos de credibilidad*, tampoco hubiera yo olvidado el presentarle á V. ese prodigio, en que personas de todas edades, sexos y condiciones, mueren con heroica fortaleza, por no profanarse ni con un solo acto que no estuviese conforme con la fe del Crucificado.

Pero antes de hablar yo, quiero que hable V.; y así para no confundir las ideas, y con la mira de que uno ni otro olvidemos el verdadero estado de la cuestión, y de que por consiguiente la respuesta pueda ser más cabal y ajustada, reproduciré lo que me dice V. en su apreciada. «Respeto como el que más la fortaleza de ánimo donde quiera que la encuentro; y confieso ingenuamente que el heroísmo del sufrimiento es á mis ojos mucho más sublime que el heroísmo del combate. Con esto le ahorraré á V. no poco trabajo, pues que así conocerá desde luego, que no tiene necesidad de fatigarse en ponderarme ni el número de los mártires, ni sus atroces tormentos, ni su invicta constancia, ni tampoco en excitar mi entusiasmo, poniéndome delante de los ojos, caducos ancianos, débiles mujeres, tiernos niños, marchando impávidos á morir por su fe. Dudo mucho que en esta parte me exceda V. en sentimientos de respeto y admiración, así como no tiene V. que recelar que mi escepticismo llegue hasta levantar dudas sobre la inmensa muchedumbre de dichos mártires; no me agrada aguzar mi ingenio para combatir hechos de tan probada verdad. Mis impotentes negaciones no borra-

rían por cierto las páginas de la historia. Pero dejando aparte y confesando expresamente la verdad del hecho, no puedo convenir en que puedan sacarse de él las consecuencias que Vds. los cristianos pretenden; porque es bien sabido que el entusiasmo por una idea puede producir semejantes efectos; y en cuanto á la propagación de las creencias cristianas que resultó de la persecución, bien sabe V. que el secreto de prosperar una causa es el hallarse contrariada, combatida, el poderse presentar sus defensores con honrosas cicatrices que acrediten profundas convicciones, é invicta constancia en sustentarlas.» No he querido cercenarle á V. ninguna parte de su argumento, ni escatimarle en lo más mínimo el valor de la dificultad; pero también me ha de permitir que me extienda en la solución de la misma, cual reclama la importancia de la materia.

Ante todo, acepto de buena gana la confesión de que el número de nuestros mártires es asombroso, no siéndolo menos las circunstancias de su martirio, ora se atiende á los tormentos, ora á las personas que los sufren. Y cuando la acepto con gusto, es solamente por la complacencia que me causa el ver que V. no trata de empeñarse en combatir hechos de tan probada verdad; pero no porque sea esta una confesión á que yo no pudiese obligar á mi adversario: para lograr mi objeto no hubiera debido hacer más que abrir las páginas de la historia, y como observa V. muy bien, esas páginas no se borran con *impotentes negaciones*. Las actas de los mártires no son devotas leyendas, inventadas para nutrir la piedad de los fieles, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica más severa. Ruinart, Mabillon, Natal Alejandro, Fleury, Tillemón, Papebroche, Holstenio, y otros críticos por cierto nada sospechosos de excesiva credulidad, y cuya inmensa erudición y refinado discernimiento les aseguran completa competencia, hubieran venido en mi ayuda, si V. no hubiese tenido la prudente precaución de abstenerse de una contienda, en la que no hubiera llevado ventaja, á pesar

de toda la brillantez de su talento: ¿qué valen los ratiocinios contra hechos más claros que la luz del día? Sólo la ciudad de Roma es un argumento irrefragable en confirmación de la inmensa muchedumbre de los mártires. Se ha dicho que los subterráneos de la ciudad eterna eran un gran sepulcro: ¡digna peana de la Cátedra de San Pedro! «Vimos en la ciudad de Rómulo, decía Prudencio, innumerables cenizas de Santos; si preguntas, ó Valeriano, por las inscripciones de los túmulos y los nombres de las víctimas, difícil se hace el responderte: ¡tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra! Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza; pero hay mármoles mudos que encierran silenciosa muchedumbre, y que sólo significan el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningún nombre! Acuérdomeme que en solo un lugar vi las reliquias de sesenta, cuyos nombres sólo conoce Cristo.»

Innumeros cineres sanctorum Romula in urbe  
Vidimus, o Christo Valeriane sacer  
Incisos tumulis titulos; et singula quæris  
Nomina? Difficile est, ut replicare queam,  
Tantos justorum populos furor impius hausit  
Quum coleret patrios Troya Roma Deos.  
Plurima litterulis signata sepulcra loquuntur  
Martyris aut nomen, aut epigramma aliquot,  
Sunt et muta tamen tacitas claudencia turbas  
Marmora, quæ solum significat numerum,  
Quanta virum jaceant congestis corpora acervis  
Nosse licet, quorum nomina nulla legas,  
Sexaginta illic defossas mole sub una  
Reliquias memini me didicisse hominum,  
Quorum solus habet comperta vocabula Christus.

Así hablaba en el siglo cuarto este insigne español; por donde se echa de ver, que ya en aquellos tiempos causaban los subterráneos de Roma la profunda y religiosa admiración que producen en los viajeros de nuestra época. Diez persecuciones cuenta la Iglesia bajo los emperadores

gentiles, que son las de Nerón, Domiciano, Trajano, Antonino Vero, Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aureliano y Diocleciano; en todas se cometieron horrendas atrocidades; y es necesario tener en cuenta que no se limitaba la persecución á pocos puntos, sino que se extendía por todo el ámbito del imperio. Espanto causa el leer en los autores contemporáneos las tremendas escenas que ofrecía á cada paso la crueldad de los perseguidores luchando con la firmeza de los mártires: jamás religión alguna se vió sometida á tan dura prueba, jamás se mostró con más evidencia la humanidad elevada á una altura inmensamente superior á sus fuerzas.

El entusiasmo por una idea dice V. que puede producir semejantes efectos: esta dificultad exige una respuesta detenida. No negamos nosotros que no puedan venir casos en que una persona se exalte de tal suerte por una idea, afecto, ó interés, que sea capaz de sacrificar su existencia: los ejemplos no fueran difíciles de encontrar en la historia de los tiempos pasados, y no faltan tampoco en los nuestros. Pero no se trata aquí de saber hasta dónde pueden llegar la fuerza y energía moral de este ó aquel individuo, vivamente poseído de un objeto; no se intenta disputar la posibilidad de dar gustoso la vida por él, y hasta de sufrir atroces tormentos; la fuerza de nuestro argumento no consiste en semejantes aserciones desmentidas por la razón y la historia; lo que decimos nosotros es, que atendida la humana flaqueza, no es posible sin particularísima asistencia del cielo, que por espacio de tres siglos, en todos los puntos del orbe conocido, se hayan encontrado en tan asombroso número personas de todas edades, sexos y condiciones, que hayan perdido alegres su hacienda, su honor á los ojos del mundo, y acabado finalmente su vida entre los tormentos más crueles, sólo por no querer abandonar la fe del Crucificado; esto decimos, y á quien nos contradiga, le exigiremos que nos muestre en los fastos de la humanidad un ejemplo semejante; no contentándonos con este ó aquel ejemplo aislado, le pediremos que nos los

presente á millares de millares como podemos presentarlos nosotros; y seguros de que no le ha de ser posible, creeremos estar en nuestro derecho cuando afirmemos, que nuestra religión tiene un carácter de que están destituidas las otras.

Me dice V. «que todo país ha tenido sus mártires, pues mártires pueden apellidarse los que mueren por la independencia de su patria, sacrificando generosamente su existencia á la felicidad de sus compatriotas; y que sin embargo no se ha creído nunca que para semejantes actos fuese necesaria una gracia especial del cielo.» Esta observación, mi estimado amigo, me hace sospechar que V. no ha meditado mucho sobre el corazón humano, en sus relaciones con los sacrificios, pues que de tal manera confunde las ideas, y no distingue cuáles son los que se nos hacen más costosos. ¿No ha pensado V. nunca en lo que vale de valor á fortaleza, en la inmensa distancia que media entre acometer con denuedo un peligro ó esperarle con calma, entre arrostrar un riesgo pasajero, y tolerar resignadamente una larga cadena de trabajos y tormentos? Los hombres capaces de lo primero son en número muy crecido; pero son muy contados los que alcanzan á lo segundo. La razón lo convence: la historia y la experiencia lo atestiguan.

Es bien sabido que uno de los principales resortes que hacen mover al hombre, cuando obra en el orden puramente natural, son las pasiones; sin ellas, el corazón está frío; la razón combina, pero el brazo no ejecuta. Y cuando de pasiones hablo, no me refiero tan sólo á inclinaciones malas, ni á movimientos del ánimo hasta tal punto exaltado, que pierda de vista los principios de la sana razón y los consejos de la prudencia. Bajo el nombre de pasiones comprendo también todos los sentimientos legítimos y generosos, todas las afecciones del alma, aun las más tranquilas y templadas; con tal que no pertenezcan al orden de la pura razón, y á los actos de voluntad que sólo disminuyen de aquélla; comprendo todos los impulsos espontáneos

que nos llevan á un objeto como instintivamente, prescindiendo de la dirección del entendimiento; en una palabra, y para expresarme en lenguaje menos exacto, pero más llano y quizás más acomodado al común de los espíritus; por pasiones entiendo, todo lo que suele llamarse movimientos del corazón.

Sabemos por la experiencia propia y la ajena, que cuando estos movimientos existen, nos hallamos más dispuestos á obrar en el sentido en que ellos nos impulsan; y que cuando faltan, por más profundas que sean nuestras convicciones, y firme y decidida la voluntad, estamos tocados de una debilidad, de una indolencia, que necesitamos hacer grande esfuerzo para vencerlas, si la acción de que se trata se opone en algo á nuestras inclinaciones naturales. Supónganse dos hombres igualmente persuadidos del mérito de la beneficencia, en igualdad de medios para ejercerla, en idéntica oportunidad para practicarla; pero de tal suerte que el uno esté dotado de un corazón bondadoso y compasivo, mientras el otro lo tenga naturalmente frío. La parte superior del alma, es decir la razón y la voluntad, se hallan en el mismo estado en el primero que en el segundo; y sin embargo ¿quién no ve que para aquél será un verdadero placer el desprendimiento con que socorra el infortunio de sus hermanos, y que para éste será un sacrificio? El uno tendrá una pasión, sentimiento, movimiento del corazón, ó llámese como se quiera, que le impulsa á la beneficencia; padecerá si no hace bien, la miseria del prójimo se le ha comunicado en cierto modo, porque dejando intacta su fortuna y su salud, le hace compartir el sufrimiento del desgraciado; cuando le dispense el auxilio, experimentará un desahogo, recobrará el bienestar perdido, renacerá en su alma la tranquilidad disipándose la angustia; percibirá la dulce satisfacción de haber cumplido un deber, que sentía como una necesidad en el fondo de su alma. Nada de esto se verificará en el hombre de corazón frío, por más recta que sea su razón, por más ajustada que á ella conserve la voluntad. Si so-

corre al infeliz, será obrando conforme le dicta su conciencia; pero obedeciendo los preceptos de ésta, no sentirá aquella expansión, aquella ternura que inunda de gozo y de placer un corazón compasivo; antes al contrario, se verá precisado á luchar con la dificultad, que más ó menos siempre trae consigo, el desprendernos de lo propio para darlo á los otros.

Este ejemplo hace sensible, y por decirlo así, palpable, la poderosa influencia que sobre nuestros actos ejercen las inclinaciones del corazón. De esto inferiré que cuando nos encontramos en situaciones en que una pasión cualquiera está vivamente desarrollada y activa, no es extraño que preponderando sobre las demás, y hasta sobre el instinto natural de la propia conservación, llegue al punto de hacernos acometer arduas empresas y arrostrar los mayores peligros. Así, un militar que se halla en el campo de batalla, á la vista de sus compañeros de armas testigos de su valor ó de su cobardía, enardecido con el aparato guerrero, con el son de las músicas marciales, de los tambores y clarines, sediento de venganza contra un enemigo que está diezmando á sus inmediaciones á sus amigos y compañeros, no debe parecer tan extraño que con denodado ímpetu se arroje á la muerte gloriosa; mayormente conservando como conserva siempre alguna esperanza de evitarla, y conquistando con su valor el aprecio y la admiración de cuantos le contemplan. Entonces vemos desplegados, el amor de la patria, el de la gloria, la ambición halagada con el premio, obrando todos á la vez sobre un ánimo exaltado por lo crítico de las circunstancias, por la presencia de un riesgo inminente, estando además el cuerpo en la disposición más favorable para mantener en viva actividad y efervescencia las pasiones, con la agitación y el calor de la refriega. En casos semejantes, hay una verdadera lucha de inclinaciones contra inclinaciones; y natural es que prevalezcan aquellas que estando más en armonía con la situación, son más á propósito para estar en movimiento, influir sobre la voluntad, y

sufocar las demás que tiendan á parar ó moderar el impulso.

Estas observaciones manifiestan cómo se verifica que muchos hombres desprecien la vida en defensa de una causa; y no porque deba entenderse que para llegar á este punto sea preciso que el ánimo se encuentre en la exaltación que acabo de describir; pueden venir circunstancias en que sin hacerse tan sensible el fenómeno, se verifique de una manera más ó menos semejante. Así, un joven que se halla empeñado en uno de los lances que se apellidan *de honor*, no está en el mismo caso de un militar en el campo de batalla; sin embargo, y por más que en apariencia la situación se muestra muy distinta, no lo es tanto en la realidad si la examinamos en sus relaciones con las causas que impelen al desprecio de la vida. Una preocupación funestísima, pero que por esto no deja de estar arraigada en muchos espíritus, le hace creer, que si no acepta el duelo que se le ofrece, ó si él á su vez no desafía á su adversario, según es la ofensa recibida, se cubre de ignominia y baldón, y no podrá presentarse á la sociedad sin la deshonrosa nota de cobarde. En el hombre constituido en esta alternativa, no vemos ciertamente tan de bulto los motivos que le impulsan á arrostrar el peligro, como los hemos visto en el soldado; no se nos muestra tan patente la agitación del ánimo fluctuante entre el temor y la esperanza, entre el amor de la vida y el del honor; pero no deja por esto de existir la lucha, y tan viva quizás como existir puede en el campo de batalla. Por más vanidad que entre muchas veces en el sentido de la palabra *honor*, no puede negarse que ejerce sobre nuestro ánimo una influencia tan viva, tan mágica, que ni la salud, ni la fortuna producen en nuestro espíritu un efecto tan fuerte é instantáneo. Dejando aparte el examen de las causas, consigno aquí el hecho, para manifestar que en el caso supuesto hay también una verdadera exaltación de ánimo, una pasión fuerte que sojuzga las demás, sometiéndolas á su tiránico imperio, y arrastrando el corazón dominado

hasta el deplorable extremo de exponer la vida como cosa liviana.

Creo, mi estimado amigo, que las observaciones que acabo de emitir son bastantes para que se distinga el valor de la fortaleza, y para que resalte cuán diversas cosas son el acometer intrépido un peligro por inminente que se ofrezca, y el sufrir con inalterable calma los mayores tormentos, marchando sereno á una muerte segura, inevitable, erizada de los padecimientos más atroces. En el primer caso, vemos unas pasiones contra otras, vemos el ánimo sostenido por mil motivos que le impulsan, y que al mismo tiempo le distraen de lo que pudiera apartarle de dar cima á la empresa. Padecimientos, ó no los hay, ó son muy breves, ó compensados con alternativas ó esperanza de recreo, de placeres, de gloria. En el segundo, vemos la razón y la voluntad luchando con todas las pasiones, vemos al hombre superior en oposición con el hombre inferior; aquél pertrechado con la idea del deber, con la esperanza de un grande objeto; éste con todos los atractivos, todas las amenazas, todos los temores, todas las vicisitudes que se agitan en esa región tempestuosa, que no sabiendo cómo apellidarla, le damos el nombre de corazón.

No intento decir con esto, que no pueda hallarse en el orden puramente natural, un desprendimiento asombroso, ni que en todos los actos que denominamos heroicos deba suponerse una gracia sobrenatural; semejante asistencia no la tuvieron ciertamente los gentiles, ni tantos otros héroes pertenecientes á falsas sectas; sin embargo encontramos en ellos rasgos sorprendentes que nos entusiasman y admiran. Régulo volviendo á Cartago después de haber dado un consejo que le había de costar la vida, Scévola con la mano en el brasero, y otros rasgos que nos ofrece la historia antigua, son en verdad indicios evidentes de lo que puede ejecutar el hombre abandonado á sus fuerzas naturales; pero no destruyen el argumento que nosotros sacamos de nuestros mártires. Los héroes de que estamos hablando son muy contados, los nuestros son innumera-

bles; los héroes eran por lo común hombres formados, endurecidos con los trabajos de la guerra, agrandado su espíritu con la intervención en los negocios públicos, ávidos de gloria, colocados en circunstancias críticas, en que el peligro de la patria daba vuelo á su entusiasmo, energía á su denuedo; entre los mártires se ven ancianos, mujeres, niños, hombres de las condiciones más humildes, que no habían ocupado jamás puestos distinguidos, y que por tanto no habían podido adquirir aquel fiero orgullo, que siendo una de las pasiones más poderosas de nuestro corazón, nos comunica á veces una firmeza de que sin él no fuéramos capaces.

Para formarnos una idea del mérito de los mártires acerquémonos á uno de aquellos ilustres presos, tan desgraciados á los ojos del mundo, tan felices en Jesucristo. Su nombre no se sabe, su categoría es oscura; ¿por qué se halla detenido? porque cree que un Hombre que murió ajusticiado en la Palestina, es Hijo de Dios, y verdadero Dios, que tomó nuestra naturaleza para satisfacer por nuestras deudas á la justicia del Eterno Padre. ¿Qué vemos en su alrededor? el desprecio ó la compasión, ó el odio de cuantos le contemplan; unos le miran como insensato, otros le califican de fanático, estos le apellidan iluso, aquellos le achacan los más feos crímenes. Ni un rayo de gloria mundana, ni un consuelo sobre la tierra. No busquéis en su situación nada que pueda confortarle, haciendo que su naturaleza obre por reacción contra los males que le abrumen. Todas sus pasiones se hallan amortiguadas con el abatimiento y postración á que está reducido el cuerpo; y si el orgullo quisiese levantar su frente, nada ve en torno de sí que pueda halagarle ni sostenerle. ¿Qué semejanza se encuentra entre el héroe de la Religión y los héroes del mundo?

Se me dirá que la esperanza de una vida mejor les hacía llevaderos los padecimientos y agradable la muerte; es cierto, y esto no lo negamos los cristianos; pero cabalmente en la misma resolución de sacrificar á lo futuro

todo lo presente, de sobreponerse á todas las inclinaciones naturales, de menospreciar todo cuanto los rodeaba y hasta su propia existencia, en esta resolución, repito, se descubre la acción sobrenatural de la gracia divina; pues que á tanto no alcanza la flaqueza humana abandonada á sus propias fuerzas. Ya en otra de mis anteriores hice notar que el hombre propende por naturaleza á dejarse llevar de las impresiones de momento, y que todo lo que mira en lontananza, sea bien ó mal, tiene para él escaso interés. Esto lo estamos palpando por desgracia en buena parte de los cristianos, que creyendo las terribles verdades de nuestra Religión, viven tan olvidados de ellas, cual hacerlo pudieran los gentiles. Por esta causa, al ver que un número tan asombroso de personas de todas edades, sexos y condiciones, se hace superior á esta debilidad de nuestra naturaleza, contrariando sus inclinaciones con decisión tan heroica, es preciso reconocer que hay aquí algo que se levanta sobre la región natural, algo en que el Omnipotente se complace en manifestar de cuánto es capaz lo débil cuando su brazo todopoderoso se propone hacerlo fuerte.

No sé, mi estimado amigo, si estas reflexiones le habrán convencido plenamente; pero atendido su buen juicio, me atrevo á esperar que sí. No puedo persuadirme que su claro entendimiento no vea la inmensa diferencia que va de nuestros mártires á los héroes del mundo, sean del orden que fueren; V. no ignora la historia; recapacite cuanto ha leído, y no encontrará nada que á tamaño prodigiosa comparable. ¿Qué causas naturales puede V. imaginar para explicarle? ¿El entusiasmo? pero un sentimiento tan pasajero, ¿cómo es dable que se sostenga por espacio de tres siglos? ¿cómo puede propagarse por todo el mundo conocido? ¿La gloria humana? pero tantos que perecían sin dejar ni siquiera su nombre, ¿cómo podrá decirse que muriesen por la gloria? ¿Y qué clase de gloria será esta que así atrae al fogoso joven como al caduco anciano, á la matrona como á la doncella, al adulto como al niño, al